

Tenia por máxima que no se habia de reprender ágricamente al pecador cuando confiesa su falta; porque de otra manera, decia él, combatis su espíritu, mientras que recomendándole que tenga cuidado de no pecar más, le fortaleceis y le dais ánimo para hacer penitencia.

Dios hizo ver por un milagro de su gracia que era guiado por su espíritu en su caridad tan compasiva para con los pecadores. Habia en su vecindario un solitario escandaloso, y el santo, en una ocasion en que sabia que se hallaba en un caso muy pesado, envióle, por uno de sus más jóvenes hermanos, un poco de vino en una botella, sin que ni él ni ningun otro supiese la causa de esto. Este solitario se movió tanto con su dulzura, que pocos dias despues fué á encontrarle para hacer penitencia de su escándalo.

Capítulo II.

Hemos citado ya muchos ejemplos de la dulzura de San Pemen; sin embargo no hay que creer que esta llegase hasta lisonjear flojamente á los pecadores. Exigia de ellos que hiciesen penitencia á proporcion de sus faltas, y que se alejasen absolutamente de la ocasion del pecado. Así que habiendo un solitario, que se encontraba en este caso, ido á manifestarle que sufría una violenta tentacion, le respondió que debía abandonar el lugar en que moraba, y alejarse de él tanta distancia de camino cuanta pudiese andar en tres dias y tres noches, y á más de esto ayunar un año entero. « Pero, Padre mio, le dijo este solitario, si yo llegase á morir antes de terminar el año ¿ qué sería de mi ? » — « Espero le respondió él, que si muriereis en la resolucion de cumplir esta penitencia, ó alguna otra, Dios os concederá misericordia.

Otro hermano fué tambien á consultarle para saber si debía morar por más tiempo con su abad, viendo manifies-

tamente que, muy lejos de aprovecharse con su conducta corria riesgo de perder su alma. Bien veía el santo que decia verdad; pero estaba admirado de que le pidiese consejo sobre una cosa tan evidente por sí misma. Díjole por consiguiente: « Quedaos allí si quereis. » El hermano permaneció todavia allí algun tiempo; despues de lo cual volvió á verle para presentarle la misma queja y él no quiso todavia decirle que le dejase. Finalmente volvió por tercera vez, y entonces San Pemen le respondió: « No moreis más con este abad, y heos ahí salvo. » Añadió en seguida: Se deben descubrir los pensamientos á los ancianos en cosas que ofrezcan alguna duda, á fin de que ellos juzguen si hay en los mismos bien ó mal; pero en las cosas en las que se vé manifestamente pecado y en que se pierde el alma, no hay necesidad de pedir su consejo, sino que hay que quitar al instante la ocasion. »

Por efecto de su dulzura y de su caridad compasiva en las necesidades espirituales de sus hermanos, estaba siempre dispuesto á darles audiencia, y en cualquier tiempo que fuese. Acostumbraban los solitarios durante la santa cuaresma á guardar silencio con más rigor. No era él en esto menos exacto que los otros; pero cuando se trataba del bien del alma de su prójimo, sabia que el silencio no se resentía de esto. Así que (Vit. PP. I. 5. lib. 13 § 5) habiendo un solitario ido á verle en la segunda semana de cuaresma para descubrirle lo que pasaba en su corazon, despues de habérselo manifestado y recibido sus consejos con mucho consuelo, le dijo antes de retirarse: « Poco faltó, Padre mio, de que yo no os haya venido á ver; pero temia que en este tiempo no quisierais dejar de abrirme la puerta; » y él le respondió: « Yo no sé cerrar esta puerta de madera; pero hago lo que puedo por tener cerrada la de mi lengua. »

Este santo trataba en esta ocasion de un principio de

discrecion y de verdad admirable, y que daba á los demás por regla de conducta (Ibid. lib. 10 § 51). « Porque, decia él, hay personas que no abren la boca, pero cuyo corazon se ocupa en condenar interiormente á los demás, y de estos puede decirse que hablan sin cesar. Hay otras que hablan desde la mañana á la noche, y las cuales sin embargo son consideradas como que han guardado el silencio, porque en efecto nada han dicho que no sea útil á los demás. »

Condenaba igualmente el celo demasiado ágrío é importuno que repara en las menores faltas sin commiseracion á la fragilidad humana, y el que induce á juzgar y condenar al prójimo con demasiada ligereza. Algunos ancianos le dijeron: « Padre mio, cuando vemos á algunos hermanos que se dejan llevar del sueño en tiempo de la oracion, ¿ no debemos sacudirles para mantenerles despiertos? » Y él les respondió: « Cuando veo un hermano tan oprimido del sueño, quisiera hacerle meter su cabeza entre mis rodillas para hacérsela descansar en ellas. »

Otros le preguntaron en cierta ocasion si cuando veian á algun hermano caer en alguna falta, debian reprenderle; y les contestó: « En cuanto á mí, si me veo obligado á pasar por el punto en que está y le veo pecar, paso más allá y no le reprendo. Ya sabeis que está escrito: *Dad testimonio de lo que han visto vuestros ojos.* (Prov. 25.) Asi que, no debeis declararos testigo de alguna cosa que, por decirlo así, no hayais tocado con vuestras manos.

Habiendo sabido otro hermano de cierto solitario, que vivia en sus cercanias, cosas poco edificantes, resolvió abandonar aquel lugar, y fué á consultar al Santo, quien por de pronto le respondió que no debia creer facilmente el mal que le habian dicho, y que no le habian referido la verdad. « Perdonadme, dijo el hermano; lo he sabido de una persona muy fiel. » — « Esta persona, replicó el santo,

no puede ser fiel; porque si lo fuese no os hubiera dicho semejantes cosas. Ya sabeis que se dice en la Escritura que levantándose hasta el cielo el rumor de los crímenes de Sodomá, Dios dijo que queria bajar y ver con sus propios ojos antes de castigar. Dios no tenia necesidad para eso de bajar, puesto que en todas partes está presente y todo lo ve; sino que dice esto para enseñarnos á no creer facilmente los rumores que corren con perjuicio del prójimo. » — « Pues bien, dijo el hermano, yo he visto con mis propios ojos lo que decís. » Entonces el Santo, tomando una paja que habia en tierra, se la mostró y le dijo: « ¿ Qué es esto? » — « Es una paja, » respondió el hermano. « Muy bien, » dijo el santo; y levantando en seguida los ojos en alto le dijo: « ¿ Qué veis alli? » — « Veo, dijo el hermano, una viga. » — « Pensad pues, replico el santo, que vuestros pecados son como aquella viga, y que los del solitario de quien quereis hablarme son como esta paja. » El hermano no dejó de referir á otros muchos esta respuesta tan caritativa y tan discreta de San Pemen. Ella llegó á oidos del abad Sisoés, el cual exclamó en un sentimiento de admiracion: « ¡ Oh abad Pemen! ¿ Cómo podré yo ensalzar bastante vuestra gloria? Vuestras palabras son como una piédra preciosa, no menos agradables que resplandecientes. »

Por ahí se ve que su corazon lleno de caridad, era más llevado á excusar las faltas del prójimo que á manifestarlas; asi que era enemigo de los maldicientes, y no permitia que exhalasen impunemente su veneno delante de él. Unos hereges se determinaron á irle á ver y se pusieron á hablar contra el patriarca de Alejandria, llegando hasta decir que no habia sido ordenado sino por sacerdotes. Pero en vez de escuchar su discurso, llamó á uno de sus hermanos, le dijo que les diese de comer y que los despidiese en paz.

Este rasgo de la vida de San Pemen muestra la malicia comun á todos los hereges y la conducta que para con ellos debe guardarse. Enemigos de toda autoridad aun la más sagrada, quieren dar crédito á sus errores desacreditando la conducta de aquellos que han recibido de Jesucristo autoridad de juzgarles y condenarles, y ni siquiera perdonan la impostura y la calumnia, como se vé que hicieron estos para con el patriarca de Alejandria, á quien querian hacer pasar por un prelado sin carácter, como no habiendo sido ordenado sino por sacerdotes; lo cual nadie habia dicho de San Cirilo, ni siquiera de Dióscoro, de quienes hablaban. Pero lo más seguro es portarse con ellos como lo hizo San Pemen. Hay que cerrar los oidos á sus discursos, y despedirles sin darles audiencia.

Léese en la *Recoleccion de las Sentencias de los Padres*, un ejemplo que viene á propósito y que muestra cuán ventajoso es aun á los mayores pecadores, el conservar la fe como la puerta que puede llevarles á Dios. « Un abad, llamado Timoteo, que estaba honrado con el sagrado carácter de sacerdote, hacia algunas veces visitas á San Pemen. Consultóle un dia con motivo de una mujer que vivia en Egipto en gran desarreglo, pero que daba á los pobres todo cuanto tenia. El santo le dijo: « Estad seguro de que ella no perseverará en sus desórdenes porque todavia le queda un fruto de fé. » La madre de Timoteo fué á verle, y por ella supo que aquella mujer continuaba siempre en su mala vida y en sus limosnas. Refriósele al santo, al cual le aseguró de nuevo que ella cambiaria. Despues de algun tiempo volvió la madre de Timoteo, y le dijo que la citada muger queria venir con ella para pedirle oraciones. Advirtió de esto al santo, el cual le aconsejó que fuese él mismo á encontrarla. Hizolo, conversó con ella, y la movió de tal manera con la palabra de Dios, que aquella criatura penetrada de contricion y derramando lágrimas le dijo: He

ahí que es cosa hecha; desde ahora renuncio al pecado, y quiero entregarme enteramente á Dios. » Ella entró en seguida en un monasterio en el que llevó una muy santa vida.

Entre las virtudes que resplandecieron en nuestro santo, háse admirado sobre todo su profunda humildad. Prestábase con caridad á las necesidades de todos los hermanos, y hacíalo con tanta sabiduria, dulzura y discrecion, que su reputacion fundada en la esperiencia que muchos habian hecho de la solidez de sus instrucciones, atraia de todas partes, solitarios á su lado; aquellos mismos que eran mirados como los más espirituales y las columnas del desierto, se tenian por honrados en pedirle consejos, ó en enviarles sus discípulos para esclarecer sus dudas; y sin embargo estas muestras de estima y de una confianza universal, no tentaban su corazon con vana complacencia ni disminuian en él la conviccion de su nada, de la que estaba vivamente penetrado; asi que no se jactaba de tratar en sus conversaciones una espiritualidad sublime, ni de brillar por discursos de grande erudicion sobre las sagradas Escrituras: sino que se limitaba á lo que podia ser útil á los que le pedian consejo, sin mezclar en sus palabras cosa inútil, proponiéndose por un celo igualmente humilde y caritativo, no su propia gloria, ni lisonjear la vana curiosidad de los hombres, sino la gloria de Dios y su aprovechamiento espiritual.

Cuéntase que un solitario de sus cercanias se fué á otro desierto, en el que encontró á un anacoreta muy célebre, y que recibia á todo el mundo con caridad. En la conversacion que con él tuvo, hablóle de las virtudes de San Pemen, lo cual le hizo entrar en deseos de conocerle. Habiendo en seguida este solitario vuelto á su celda, el anacoreta que le habia preguntado el lugar de su morada, fué á ella para verle algun tiempo despues, y fué acogido

por él con grandes muestras de cordialidad ; pero le pidió, por la caridad que para con él tenia, que le llevase á la celda de San Pemen. Condújole allá al instante, y previno al santo sobre la reputacion de aquel anacoreta. San Pemen le recibió con alegría. Abrazáronse y se sentaron para conversar de cosas de Dios.

El anacoreta comenzó entonces á hablar de las divinas Escrituras, sobre materias las más elevadas y espirituales ; pero á este discurso San Pemen volvió la cabeza y nada respondió. Él quedó admirado de esto y se retiró todo triste, diciendo al que le habia llevado allá : « ¡ Es pues muy útil que yo me haya tomado la pena de venir desde tan lejos para ver á un hombre que ni siquiera me ha querido hablar ! » Éste fué á contárselo á San Pemen, representándole de nuevo que aquel religioso gozaba de gran veneracion en el pais de donde venia y que era admirable que él no se hubiese dignado responderle. El santo le dijo entonces : « Aquel solitario es un hombre del cielo y no habla más que de cosas celestiales : en cuanto á mi, yo soy del todo terreno y no puedo hablar sino de cosas de la tierra. Si hubiese entrado conmigo en discursos sobre la manera de combatir las pasiones y tentaciones, le hubiese respondido ; pero en cuanto á aquellas cosas tan espirituales y sublimes, confieso que soy muy ignorante. » El hermano volvió á referir esto al anacoreta, el cual, movido por la humildad del santo, volvió á encontrar y le dijo : « ¿ Qué debo hacer, Padre mio, para combatir las pasiones que dominan en mi alma ? » A estas palabras San Pemen le respondió : « Seais al presente bien venido, Padre mio ; yo abriré mi boca para llenarla de los bienes que en ella querais derramar. » El anacoreta más edificado todavia con esta palabra entró en discurso sobre esta materia y sacó mucho provecho de la conversacion que con él tuvo. Finalmente habiéndose despedido de él, dijo : « He ahí por



Tom. II.

Saint Pemen

San Pemen

por él con grandes muestras de cordialidad ; pero le pidió, por la caridad que para con él tenía, que le llevase á la celda de San Pemen. Condujoie allí al instante, y previno al monje sobre la reputacion de aquel anacoreta. San Pemen le recibió con alegría. Abrazáronse y se sentaron para conversar de cosas de Dios.

El anacoreta comenzó entonces á hablar de las divinas Escrituras, sobre materias las más elevadas y espirituales ; pero á este discurso San Pemen volvió la cabeza y nada respondió. Él quedó admirado de esto y se retiró todo triste, diciendo al que le había llevado allá : « ¡ Es pues muy útil que yo me haya tomado la pena de venir desde tan lejos para ver á un hombre que ni siquiera me ha querido hablar ! » Este fué á contárselo á San Pemen, representándosele al nuevo que aquel religioso gozaba de gran veneracion en el país de donde venia y que era admisible que él se le hubiesen dignado responderle. El monje le respondió : « Aquel solitario es un hombre del cielo ; no habla más que de cosas celestiales : en cuanto á mi, yo soy del todo terreno y no puedo hablar sino de cosas de la tierra. Si hubiese entrado conmigo en discursos sobre la manera de combatir las pasiones y tentaciones, le hubiese respondido ; pero en cuanto á aquellas cosas tan espirituales y sublimes, confieso que soy muy ignorante. » El hermano volvió á referir esto al anacoreta, el cual, movido por la humildad del santo, volviólo á encontrar y le dijo : « ¿ Qué debo hacer, Padre mio, para combatir las pasiones que dominan en mí ahora ? » A estas palabras San Pemen le respondió : « Venis al presente bien vestido, Padre mio ; yo abriré mi casa para llevarla de los bienes que en ella queráis derramar. » El anacoreta más edificado todavía con esta palabra entró en discurso sobre esta materia y sacó mucho provecho de la conversacion que con él tuvo. Finalmente habiéndose despedido de él, dijo : « He ahí por

Tome II.



Gravé par

J. B. LeClerc del. Paris.

Saint Pemen.

San Pemen.

cierto el camino que se debe seguir. » De este modo se volvió á su país, dando gracias á Dios que le habia procurado conocer á un hombre tan santo.

El abad Ammun, siendo todavía jóven, fué á consultarle y le dijo : « Cuando voy á casa de un solitario vecino, ó cuando él viene á la mia, siempre tememos que se deslice en nuestras conversaciones alguna cosa que no convenga á nuestro estado. » Y él le respondió : « Teneis razon de temerlo, porque los jóvenes tienen necesidad de velar sobre sí mismos. » — « Pero, Padre mio, le dijo Ammun, cómo se portaban los ancianos? Los que habian hecho un verdadero progreso y estaban solidamente fundados en el bien, respondió el santo, no tenían nada de seglar en el espíritu de que pudiesen conversar. » — « ¿ De qué pues, añadió Ammun, creis á propósito que discurramos? ¿ De las sagradas Escrituras ó de las sentencias de los ancianos? » — « Si os veis obligado á hablar, dijo San Pemen, más vale que sea de lo que los ancianos han dicho que no de las Escrituras, porque hay peligro en hablar de ellas. »

Este santo no reprobaba por allí absolutamente á los que en sus conversaciones se entretenian en las verdades reveladas en las sagradas Escrituras ; pero temia con razon que al hacerlo, sobre todo los jóvenes, no fuese por ostentacion y por parecer hábiles, ó que al tratar de materias demasiado elevadas, no se detuviese uno demasiado en las especulaciones, en vez de aplicarse á la práctica de las virtudes.

Este abad Ammun era solitario de Nitria, desierto poco distante del de Sceté, y es necesario distingurlo de San Ammon de Nitria y de otro Ammon ó Ammonas, amigo de San Antonio. Este del cual hablamos era célebre por su abstinencia. De él se cuenta un milagro que Dios hizo en favor de un solitario de Sceté, que habia ido á consultarle sobre un empleo que su superior le habia confiado y que le obligaba á ir á la ciudad, en la que temia verse demasiado ex-

puesto á peligrosas ocasiones. Ammun le dió por consejo que, cuando se encontrase en alguna tentacion, y cuando el demonio quisiese hacerle sucumbir en ella, levantase su corazon á Dios y le dirigiese esta corta oracion: «: Oh Dios de virtud! Libradme por las oraciones de mi superior del peligro en que me hallo. » No estuvo mucho tiempo sin tener necesidad de ellas, porque habiendo ido á una casa por algun negocio que atañia á su empleo fué en ella provocado á obrar mal. Levantó entonces su voz á Dios, y le dirigió la oracion que el abad Ammun le habia enseñado, y al instante se halló trasladado al camino de Sceté. Hemos contado este milagro, para mostrar cuánto protege Dios la obediencia cuando uno es fiel en practicarla.

Volbamos á San Pemen. Por un efecto de su humildad empleaba frecuentemente el testimonio de los demás ancianos para apoyar los consejos que daba en muchas ocasiones. Esto nos ha procurado las sentencias de algunos padres, á los cuales quizás ignoraríamos si él no nos las hubiera conservado.

Un hermano le preguntó si era bueno orar. Él le contestó con esta sentencia de San Antonio el grande, tomada del profeta Isaias: *Exhortad á mi pueblo, dice el Señor, y orad.* (Isai. 40. 1). Referia tambien esta otra sentencia del mismo santo: « El hombre no puede fortalecerse mejor en el bien que reconociéndose pecador cuando se presenta delante de Dios, y esperando la tentacion hasta el fin de su vida.

Contaba de San Isidoro, sacerdote de Sceté, esta corta y viva exhortacion á los hermanos: « ¿ No hemos venido aqui para trabajar y sufrir? ¡ Y sin embargo no lo hacemos! » En cuanto á mí, estoy determinado, si esto continua, á abandonar este lugar é irme á otro en el que, encontrando modo de llevar una vida más laboriosa, encontraré el reposo de mi alma. » Del mismo decia tambien que ningun

solitario le igualaba en la baja idea de si mismo, y que cuando el demonio queria sugerirle pensamientos de vanidad sobre su virtud, decia dentro de sí: « ¿ Soy yo comparable á Antonio y al abad Pammon ó á tantos otros padres que han servido á Dios con tanta felicidad en el desierto? » Y si el demonio queria inspirarle pensamientos de desaliento, dándole á entender que con todas sus buenas obras no seria menos condenado, respondia: « Pues bien; si tengo la desgracia de ir al infierno, siempre te encontraré debajo de mí.

Un hermano le preguntó un dia si se podia contar sobre alguna de sus acciones como siendo enteramente buena; y él le respondió con aquella notable palabra del abad Juan el Nain: Yo desearia adquirir algun grado solamente de cada virtud. » Otro hermano se le quejaba de la gran dificultad que experimentaba en dar cuenta de sus pensamientos á los ancianos; y él le refirió á este propósito esta otra sentencia de Juan el Nain: « El enemigo de nuestra alma amás se regocija tanto como cuando ha obtenido de un solitario que no manifieste sus pensamientos á sus superiores. » Contaba del mismo Juan el Nain para mostrar en él un modelo de dulzura y caridad que cuando algun solitario se dirigia á él, observaba para con este solitario lo que el santo Apostol dice de la caridad que es paciente y bienhechora.

Decia del abad Pammon, que habiéndole preguntado un hermano si era prudente alabar al prójimo, él habia respondido que mejor era aun guardar silencio. Decia del mismo que San Antonio, hablando de él, habia asegurado que el temor del Señor habia atraído al Espíritu Santo á su corazon y que se admiraban en él tres prácticas exteriores del todo santas; á saber, su riguroso ayuno, su silencio y su asiduidad en el trabajo de las manos.

Contaba que un solitario que moraba con otros herma-